



ROMANCE TRAGICO

DE DON JUAN GONZALEZ

Y DOÑA ROSA CISNEROS,

O LA FUERZA DE LA SANGRE.

*Refiérense los amores de este caballero, y el ardid de que se valió para robar á su amante del lado de sus padres, con lo demas que verá el lector.*

PRIMERA PARTE.

**A**l sacro Autor soberano,  
 que crió la tierra y cielo,  
 humildemente le pido  
 dé luz á mi entendimiento,

desate mi torpe lengua,  
 y á mi pluma le dé acierto,  
 para que en écos acordes  
 formalice mis acentos,



Atencion, noble auditorio,  
 porque referir pretendo  
 el caso mas prodigioso,  
 y el mas notable suceso  
 que han oído los nacidos,  
 ni en los anales del tiempo  
 otro igual se halla notado,  
 desde Adan que fue el primero  
 de toda su descendencia,  
 que tan dilatada vemos.  
 En la mas noble ciudad  
 de cuantas tiene en su reino  
 España, blason del orbe,  
 cuyo dilatado imperio  
 continuamente el sol dora  
 con sus brillantes reflejos,  
 que es la ciudad de Leon,  
 cabeza de todo el reino  
 de su nombre, y de gran lustre,  
 pues en los antiguos tiempos  
 fue corte de los monarcas  
 del español emisferio.  
 En esta ciudad vivia  
 un hidalgo caballero,  
 llamado Don Juan Gonzalez,  
 muy atendido en el pueblo  
 por cortés, por muy afable,  
 por liberal y discreto.  
 Su esposa Doña Leonor  
 de Aguilar y Marmolejo,  
 era un mapa de hermosura,  
 de perfeccion un compendio.  
 De su feliz matrimonio,  
 al cabo de años que al cielo  
 por sucesion suspiraban,  
 un hijo varon tuvieron,  
 logrando lo que querian,  
 que fue el tener heredero.  
 Diéronle el nombre del padre,  
 aunque contrario en extremo

salió á todas sus costumbres  
 por su bullicioso genio.  
 Criáronlo con cariños,  
 y con buenos documentos;  
 mas él por inclinacion  
 ha salido tan travieso,  
 que á los quince años de edad  
 era caballo sin freno.  
 Los padres le reprendian,  
 y él soberbio y desatento  
 no hace caso de castigos,  
 perdiéndoles el respeto.  
 Asi vivia triunfando  
 y gastando sin recelo:  
 tenia muchos amigos,  
 que donde sobra el dinero,  
 nunca faltarán chupones;  
 y como dice el proverbio,  
 esto que nada nos cuesta  
 hacerlo fiesta pretendo.  
 Llegando pues á tener  
 el referido mancebo  
 diez y ocho primaveras,  
 tomar estado ha resuelto,  
 aunque sus desenvolturas  
 no daban lugar á ello.  
 Se enamoró finalmente  
 de un ángel en lo discreto,  
 de una diosa en la hermosura,  
 y una deidad en lo bello.  
 Sin que descubriera á nadie  
 este su amoroso intento,  
 andaba muy vigilante,  
 y en repetidos paseos  
 por sus balcones y puerta  
 publicaba el galanteo,  
 siguiéndola adonde iba.  
 Supo pues como á un festejo,  
 en la noche de San Juan  
 iba Don Diego Cisneros

R. 22091



con su amada esposa, y llevan  
 aquel hermoso lucero  
 de Doña Rosa su hija,  
 que es la dama que celebro:  
 él con sigilo y cuidado  
 convocó dos compañeros  
 porque le hicieran espaldas;  
 y á los tales descubriendo  
 la pasión que en él reinaba,  
 les metió en un grande aprieto.  
 Al revolver de una esquina  
 les salieron al encuentro  
 todos tres muy embozados;  
 y llegándose violento  
 el amante, con la niña  
 cargó como un rayo, á tiempo  
 que el padre volvió la cara,  
 y visto el atrevimiento  
 del tal mancebo, metió  
 la mano á su fuerte acero;  
 y los otros con destreza  
 delante se le pusieron  
 con espadas y broqueles,  
 y los tres fuertes guerreros  
 batallaron grande rato;  
 y al ruido y al estruendo,  
 acudiendo mucha gente,  
 los dos se escapan huyendo.  
 La señora, de un desmayo,  
 caída estaba en el suelo;  
 pues al verse sin la hija  
 fueron muchos los extremos.  
 En una casa inmediata  
 á entrambos los recogieron,  
 procurando consolarles,  
 bien que era en valde, pues ellos  
 hasta recobrar su hija  
 ningun sosiego tuvieron.  
 Los condujeron á casa,  
 y sin entregarse al sueño

lamentaban su desgracia  
 clamando al piadoso cielo.  
 Volvamos á referir  
 la ejecucion del mancebo,  
 que así que se retiró  
 del tropel un largo trecho,  
 reparó que iba sin habla,  
 mas no desistió por eso:  
 sacó un pañuelo, y le cubre  
 los dos hermosos luceros.  
 En suma llegó á su casa,  
 que estaba todo en silencio,  
 durmiendo muy descuidados:  
 abrió la puerta en secreto,  
 que para este fin llevaba  
 una ganzúa de acero.  
 La introdujo hasta su cuarto,  
 y echándola sobre el lecho,  
 dió riendas á su apetito,  
 que desbocado, ofendiendo  
 la pureza á aquella rosa,  
 quedó sin el lustre terso.  
 Dejóla en aquel estado  
 sin sentidos, y al momento  
 fue en busca de sus amigos;  
 mas ella en el intermedio,  
 volviendo de su letargo,  
 se hacia varios conceptos,  
 sin saber qué le pasaba;  
 mas no obstante, conociendo  
 que su honestidad habria  
 padecido detrimento,  
 lloraba su triste suerte;  
 y tomando con acierto  
 una bugía que vido,  
 reconoció el aposento,  
 el adorno de la sala,  
 y notando al mismo tiempo  
 que en un escritorio estaba  
 coronando su aderezo



una imagen de la Virgen,  
 de oro fino de gran precio,  
 arrancóla de su sitio,  
 envolvióla en un pañuelo,  
 y guardóla, porque hubiese  
 un testigo, que del hecho  
 la verdad acreditase,  
 si se ofrecia algun tiempo.  
 Volvió á esconder la bugía,  
 entrose en el aposento  
 ahogando los suspiros  
 y reprimiendo el resuello.  
 En esto los tres llegaron,  
 abren la puerta en secreto,  
 la llaman y la ecsaminan,  
 como ignorantes del hecho,  
 por la casa de sus padres,  
 y dónde vive en el pueblo,  
 cómo se llama la calle,  
 y ella con sagaz acuerdo  
 dice que no sabe el nombre  
 de la calle, pues por cierto  
 ha poco que en ella habita.  
 Entonces dijo el mancebo,  
 que ya arrepentido estaba  
 del desatino que ha hecho:  
 no temas, hermosa niña;  
 si quieres que te llevemos  
 á tú casa, dinos dónde  
 vives, hermoso lucero,  
 que mis amigos y yo  
 juntos te acompañaremos.  
 Ella respondió: la calle,  
 ya he dicho que yo no puedo  
 decir su nombre, pues solo  
 lo que yo de ustedes quiero,  
 que me acompañen y lleven  
 á la calle del Pozuelo,  
 que de allí ya sé á mi casa.

Y todos le respondieron:  
 pues vamos, porque ya el dia  
 con sus hermosos reflejos  
 viene bordando tapices,  
 y desterrando á Morfeo.  
 Le volvieron á vendar  
 la hermosura de su cielo,  
 y de la mano la sacan,  
 caminando á paso lento  
 hasta salir de la casa,  
 y en la calle del Pozuelo  
 la pusieron con presteza;  
 y su rostro descubriendo,  
 se fueron y la dejaron.  
 Ella con algun recelo  
 hácia su casa camina;  
 llamó á la puerta bien quedo,  
 abrió su padre al instante,  
 y con el mismo silencio  
 la entró en casa, y luego cierra  
 la puerta, y al mismo tiempo  
 llegó su madre confusa,  
 abrazóla, y desde luego  
 se hicieron mares sus ojos,  
 al primer llanto volviendo.  
 Se entró su madre con ella,  
 y le pregunta en secreto:  
 dónde has pasado la noche?  
 quién los atrevidos fueron  
 que á mis ojos te robaron?  
 se ha atrevido alguno de ellos  
 á injuriarte, Rosa mia?  
 Y la hija por estenso  
 de todo cuenta le ha dado,  
 encargándole el silencio,  
 que no lo sepa su padre,  
 asegurada que el cielo  
 volveria por su causa,  
 pues fue sin consentimiento



forzada su voluntad.  
Y aqui, auditorio, pretendo  
dar fin á la primer parte,

y en la segunda prometo  
dar relacion al curioso  
del fin de aqueste suceso.

## SEGUNDA PARTE

# DE DON JUAN GONZALEZ Y DOÑA ROSA CISNEROS.

*Finalízanse los lances que sucedieron á estos dos amantes,  
logrando al fin casarse con contento y alegría de ambas  
partes; con lo demas que verá el lector.*

**E**n la primer parte dije,  
noble auditorio discreto,  
como llegó Doña Rosa  
á su casa, y por estenso  
dió relacion á su madre  
del referido suceso.  
Lamentaron tal desgracia,  
mas por entonces no dieron  
al padre cuenta de nada.  
Pues volvamos al mancebo,  
que era tanto su desórden  
que escandalizaba el pueblo.  
Sus padres mil pesadumbres  
tenian cada momento,  
hasta que resueltamente  
dado parte al Consejo,  
para que prendan al hijo  
y le den algun destierro,  
porque no los infamara

con su proceder perverso:  
pues quitándole de amigos  
lloraria su escarmiento.  
A los quince o veinte dias,  
con órden del Real Consejo  
de Leon, lo desterraron.  
Vamos á que del tropiezo  
se sentia embarazada  
Doña Rosa, y en efecto  
vino la hora y dió á luz  
una niña como un cielo.  
Fue todo con gran recato,  
y diligencias haciendo  
encontraron con un ama  
que la crió con contento.  
Llevábala muchas tardes  
á la casa de Don Diego,  
y para mas ocultarlo  
de la noticia del pueblo,



daba á entender que la niña es de la cuna, y con esto á cualquiera que pregunta satisfaccion le dan luego. Tenia la hermosa niña ya cinco años, y á tiempo que etaba en medio la calle, officiosa con sus juegos, Don Juan Gonzalez venia con su caballo, y por presto que parar quiso, no pudo, la atropelló, sin poderlo remediar; y prontamente desmonta, y con mucho afecto la toma en brazos, y triste se fue á su casa corriendo. A su esposa le da parte del lastimoso suceso; y la niña casi muerta, apenas tenia aliento. Procuraron con bebidas propinadas al intento recobrarla, y la observaron vuelta en breve al ser primero; pues no se hizo daño alguno, ni contusion en el cuerpo. La madre muy descuidada, ignorando este suceso, estaba dentro su casa; mas entró en algun recelo, viendo no entraba la niña. Salió á la puerta, y haciendo pesquisa por donde andaba, se llegó á ella un buen viejo, y le dijo, que un caballo la cogió, y el caballero que en él montado venia, se bajó luego al momento, y tomándola en los brazos, se fue á su casa corriendo.

Desatinada la madre con aviso tan funesto, enterada de las señas fue en casa del caballero, y preguntó por la niña. Salió con muchos cortejos Doña Leonor, y le dijo: señora mia, yo siento el gran pesar que usted trae, mas no lo tengo yo menos, y mi esposo juntamente; y no sé qué diga á esto; porque es tan grande la pena que mi esposo y yo tenemos, que es increíble, señora. Entre usted hácia acá dentro, que en una cama en la sala á la niña la tenemos, y no le faltará nada hasta el restablecimiento. Entró alegre Doña Rosa á ver á su hija, y luego que la niña vió á su madre, no cabia de contento; y ella con tiernos abrazos la acariciaba en su seno. Despues que Doña Leonor le hubo hecho el cumplimiento, ofreciendo aquella casa muy rendida á su respeto, Doña Rosa la responde: mucho, señora, agradezco á ustedes la gran fineza que con esta niña han hecho, pues aunque ella es huerfanita, sin tener padres ni deudos, la queremos como hija; y sirvase usted, que luego quiero pasarla á mi casa. Y le respondió al momento



Doña Leonor: mi señora,  
 mas favor es el que espero  
 de usted; la niña está bien:  
 si usted quiere que logremos  
 mi esposo y yo recibir  
 favor que no merecemos,  
 haga usted luego posada  
 en mi casa, y gozaremos  
 la gran dicha y la fortuna  
 de su favor. En efecto  
 ella con gran regocijo  
 dió satisfaccion á esto.  
 No obstante tal alegría,  
 le corazón por momentos  
 le está diciendo al oído:  
 esta es la sala, este el lecho,  
 este el balcon y escritorio;  
 aquí fue donde el grosero  
 que te robó, dejó mustia  
 tu belleza en un momento.  
 Cuando entre estas congeturas  
 vacilaba su concepto:  
 llamó el mancebo á la puerta,  
 pues cumplido su destierro  
 obtuvo la libertad,  
 que el perderla fue escarmiento  
 para conocer su porte,  
 mejor conducta escogiendo,  
 obrando ya con cordura,  
 á su casa concurriendo.  
 Alegres salen los padres,  
 pues aunque gustosos fueron  
 de su destierro, el amor  
 nunca les faltó en su pecho.  
 Lo reciben con cariño,  
 y todos se congratulan,  
 enhorabuenas rindiendo,  
 por haber vuelto á su patria.  
 Entróse en la sala á tiempo

que Doña Rosa á la niña  
 alhagos le hacia tiernos,  
 y al instante que la vido,  
 dióle el corazon un vuelco,  
 anunciando cierta dicha:  
 informóse del suceso,  
 y dándole estensa cuenta,  
 hizo entre sí sus recuerdos,  
 y preguntó á Doña Rosa:  
 cuya es la niña? A que luego  
 Doña Rosa satisfizo:  
 es huerfanita, que el pecho  
 dándole un dia su madre,  
 de un accidente funesto  
 cayó en el suelo mortal;  
 mi madre llegó á este tiempo,  
 y recogiendo la niña  
 la libró de aqueste riesgo,  
 pues que con ansias mortales,  
 sin recibir sacramentos,  
 falleció del accidente  
 su madre, y á breve tiempo  
 falleció tambien su padre.  
 Mi madre con mucho celo  
 buscó un ama, y la crió,  
 y cual si fuera su espejo,  
 se mira en ella y divierte;  
 esto, señor, es lo cierto.  
 Respondió el mancebo entonces:  
 á vuestro razonamiento  
 he estado atento, señora,  
 y me repugna el creerlo.  
 Respondióle Doña Rosa:  
 eso es decirme que miento.  
 No digo tal, le replica;  
 pero señora, yo tengo  
 diversa idea formada.  
 Y ella dice, lo mas cierto  
 es, señor, que esta es tu hija,  
 y si tú cristiano pecho



la verdad te persuade,  
yo soy su madre en efecto,  
y pues gozais noble sangre,  
obrad como caballero.

El respondió: mi señora,  
si esa es deuda que yo debo,  
y gustais de ser mi esposa,  
el ser yo vuestro prometo.

Pero humilde antes os pido  
perdon de mi desacierto,  
y si descortés he obrado,  
lo remediaré ahora cuerdo:  
en parte vuestra hermosura  
fue la causa de mi esceso,  
que he de procurar dotarlo,  
venerándoos con extremo.

Su padre y madre admirados  
quedaron de este suceso,  
por ignorar los principios  
del caso, y por los extremos  
se fue enlazando la historia;  
y para evidencia de ello,  
dijo entonces Doña Rosa,  
si habian hechado menos  
por aquel tiempo una joya  
de considerable precio,  
que ella para fiel testigo

la guardó con gran secreto.  
Para que duda no hubiese  
en lo que habia propuesto,  
hizo tragesen la Imágen  
de oro, que con acuerdo  
se llevó del escritorio.  
Informaron á Don Diego  
de todo lo acaecido,  
interponiendo sus ruegos,  
para que de aquel agravio  
perdonase. Y muy contento  
convino en el desposorio;  
y sin dar mas curso al tiempo,  
dan parte al Señor Obispo,  
y su Ilustrísima viendo  
el caso tan prodigioso,  
los desposa; y con contento  
viven en union conforme,  
con grande paz y sosiego,  
colmado de bendiciones  
un tan dichoso himeneo  
el cielo, pues á sus fines  
lo va todo disponiendo,  
sin que pueda humana ciencia  
frustrar sus altos decretos.  
Y al auditorio suplico  
disimule los defectos.

**FIN.**

**VALENCIA:**

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18, donde se  
hallarán otros diferentes.*